

¿Por qué empeora la situación en Afganistán?

José Luis Calvo Albero

Athena Paper, Vol. 2, No 3

Artículo 2/4

13 de septiembre de 2007

www.athenaintelligence.org

Athena Intelligence

*Red de Investigación Avanzada
en Insurgencia y Terrorismo*



Si se estudian aisladamente las acciones que los grupos insurgentes han llevado a cabo en Afganistán en los últimos años, la conclusión sería que las milicias talibán y asociados son tremendamente ineficientes. Pero si se realiza un estudio global de la situación de seguridad en el país entre 2002 y 2007, resulta inevitable comprobar un acentuado deterioro, y un incremento evidente de la fuerza e influencia de los grupos que combaten contra el gobierno y las tropas de la OTAN.

Paradójicamente, ambas conclusiones son ciertas. Las milicias *yihadistas* afganas son bastante chapuceras, si se les considera desde un punto de vista occidental. Sin embargo, están ganando terreno, pese a la presencia de 50.000 soldados occidentales en el país.

La solución a esta paradoja no resulta tan complicada. Sencillamente, el concepto de guerra (o conflicto armado, por utilizar un lenguaje políticamente correcto) es radicalmente diferente en ambos contendientes. Pero, mientras los insurgentes mantienen su modelo estratégico tradicional, con ciertas ventajas que les proporciona la globalización, la OTAN y EEUU no parecen tener muy claro qué clase de conflicto están librando. En ocasiones incluso parecen ignorar que están librando uno.

Teniendo en cuenta esta radical diferencia en los puntos de vista, la situación actual del conflicto no puede extrañarnos tanto. Los talibán (que es casi lo mismo que decir las tribus *pashtún*), están combatiendo como siempre; con su característico, torpe y embrollado modo de hacer la guerra; despreciable a corto plazo, pero que puede agotar al ejército más aguerrido cuando el conflicto se prolonga por años, o décadas. En definitiva, están usando las mismas tácticas que les han dado su reputación de adversario temible. En el bando aliado, sin embargo, no se ven muchas de las cualidades que han permitido a los ejércitos occidentales convertirse en los más eficaces de la Historia. Estudiando la campaña afgana uno se pregunta dónde han ido a parar principios como unidad de mando, acción de conjunto, objetivos definidos, coherencia entre política, estrategia y táctica, economía de medios o voluntad de vencer. Ciertamente tenemos la tecnología; y probablemente eso es lo único que ha mantenido a raya a la insurgencia hasta el momento. Pero apenas hay algo más.

LA GUERRA SEGÚN LAS TRIBUS PASHTÚN

Cuando el régimen talibán cayó en 2001, lo hizo espectacularmente. Sus milicias se desintegraron, y los combatientes extranjeros que las apoyaban fueron exterminados o hechos prisioneros. La plana mayor de la organización, junto con el núcleo duro de dirigentes de al-Qaida se refugiaron en la zona fronteriza con Pakistán, controlada por tribus *pashtún*, y con escasa presencia del gobierno pakistaní. En el verano de 2002 algunos grupos talibán seguían combatiendo en Afganistán, pero se estimaba que el número de combatientes no era superior a 2.000 – 3.000.

No obstante, el derrumbamiento talibán debe ser matizado. El movimiento siempre mantuvo dos puntales tradicionales: su carácter *pashtún*, que le proporcionaba el apoyo de las tribus de la misma etnia, y el apoyo de los servicios secretos pakistaníes. Después del 11-S, Pakistán tuvo que alinearse claramente a favor de EEUU, y el apoyo al gobierno talibán se redujo drásticamente. Por aquel entonces, las tribus *pashtún* afganas comenzaban ya a sentir cierto recelo ante un gobierno talibán demasiado fuerte para su gusto. La tradición en la zona es mantener una permanente hostilidad hacia cualquier gobierno central fuerte, incluso cuando está controlado por un grupo tribal afín: a esto se

puede añadir las dificultades que los talibán ponían al cultivo de opio, con la consecuencia de serios perjuicios económicos para muchos jefes tribales.

Cuando los agentes de la CIA y los miembros de las fuerzas especiales norteamericanas comenzaron a establecer contacto con los líderes *pashtún*, estos vieron una posibilidad de librarse de los ya incómodos talibán, evitar un conflicto devastador con EEUU y recuperar el lucrativo negocio del opio. La desertión de los milicianos tribales dejó a los combatientes extranjeros y al núcleo del movimiento talibán a merced del adversario.

Sobre el terreno, muchos milicianos y jefes talibán sencillamente se desprendieron de sus atuendos y regresaron a sus hogares. Mientras el nuevo gobierno de Hamid Karzai trataba de sobrevivir y un número limitado de tropas norteamericanas se dedicaba a dar caza a los restos de Al-Qaida, la violencia en los territorios bajo control *pashtún* se mantuvo en niveles limitados. Pero, en 2004/2005, después de un proceso político que reforzó la autoridad del régimen de Kabul mediante sucesivos procesos electorales, el gobierno comenzó lentamente a intentar ejercer su control sobre todo el país. Además, los discursos contra el cultivo del opio crecían ante la presión internacional, y la propia OTAN confirmaba sus intenciones de expandirse hacia el Sur y el Este, hasta controlar todo el territorio afgano, a lo que unía un agresivo mensaje contra el cultivo y tráfico de narcóticos.

Evidentemente, las tribus *pashtún* no podían permanecer impasibles ante estos mensajes y súbitamente los talibán, previamente reducidos a un movimiento minoritario, comenzaron a recobrar fuerza de nuevo. En 2006 resultaba difícil calcular el número de milicianos en las filas talibán. Probablemente ni sus líderes tenían una idea clara de cuántos hombres había bajo sus órdenes. Pero la frecuencia e intensidad de los ataques hacía pensar en un número no inferior a 8.000-10.000 combatientes a ambos lados de la frontera con Pakistán.

Precisamente, el santuario pakistaní había permitido la supervivencia de la organización y la posterior reorganización, lenta pero constante. Algo similar había ocurrido con los dirigentes de al-Qaida que, después de unos años concentrados en ocultarse y sobrevivir, comenzaron a mostrarse más activos.

El gobierno de Pakistán ha realizado esfuerzos notables para contrarrestar la influencia talibán, y especialmente la presencia de combatientes extranjeros en las zonas tribales de la frontera afgana. Pero se enfrenta con dos importantes dificultades: primero, la fragilidad del régimen pakistaní ante un islamismo cada vez más popular y agresivo. Segundo, la existencia dentro del propio régimen, el ejército y los servicios secretos de numerosos simpatizantes de los islamistas. El caso es que, pese a que cientos de soldados pakistaníes han muerto en las zonas tribales entre 2003 y 2007, los resultados de las operaciones no solo han sido escasos, sino que han contribuido a desestabilizar seriamente el gobierno del general Musharraf.

El año 2005 fue testigo de un dramático aumento de las acciones insurgentes en Afganistán; pero fue en 2006, después del despliegue británico en la provincia de Helmand, principal productora de opio del país, cuando el conflicto alcanzó cotas de violencia nunca vistas desde 2001. La aparición de miles de combatientes tribales, que atacaban furiosamente los puestos avanzados británicos, fue un indicio de que la mayoría de las tribus en la zona se alineaban de nuevo en la lucha junto a los estudiantes

islámicos. Desde entonces el conflicto se ha convertido prácticamente en una guerra abierta, que lentamente se extiende desde el Sur y el Este hacia otras zonas del país.

La estructura de los combatientes talibán es compleja y muy variable. La OTAN habitualmente habla de cuatro tipos diferentes de milicianos: permanentes, tribales, voluntarios extranjeros y “temporales” contratados. Pero este modelo puede resultar demasiado simplista. Cuestiones tribales y *yihadismo* se mezclan en una madeja de relaciones difícil de desentrañar, con consecuencias importantes tanto en la estrategia talibán como en sus procedimientos.

Existe un núcleo duro de la organización que se sitúa en Pakistán. Concretamente, el consejo de jefes talibán, presidido por el *mullah* Omar, es responsable de la estrategia general del grupo, y tiene su sede en Quetta, aunque existe un segundo consejo en Peshawar. Con los líderes talibán están sus guardaespaldas, estados mayores y muchos responsables del reclutamiento y entrenamiento de nuevos combatientes. Sin embargo, hay que evitar la visión de una estructura unificada a la occidental. Todas las actividades de la organización se realizan de forma muy descentralizada, y dependen sobre todo de acuerdos con los jefes tribales *pashtún*, tanto en Afganistán como en Pakistán.

El movimiento tiene sus propias fuentes de financiación, que proceden en muchos casos de donaciones en las mezquitas pakistaníes, redes internacionales de caridad islámica o de las propias tribus, que dedican a ello parte de los beneficios que obtienen permitiendo y facilitando el cultivo y procesado del opio. Siempre se asocia el resurgir talibán con su cambio de actitud hacia el cultivo de opio. Pero este es un punto que no está del todo claro. En general, la dirección talibán sigue oponiéndose a la producción de estupefacientes, pero dada su amarga experiencia anterior, no quiere ganarse de nuevo la animadversión de los jefes tribales. Son estos los que obtienen la mayor parte de los beneficios, cobrando tasas a los cultivadores y a las redes de tráfico internacional por cultivar opio en sus territorios. Parte de ese dinero termina, por vías directas o indirectas sirviendo a los propósitos de los insurgentes.

Con el núcleo duro existe también una minoría de combatientes permanentes, algunos extranjeros, que se mueven frecuentemente a un lado y otro de la frontera. Siempre se habla del apoyo de al-Qaida a los talibán, aunque este parece ser limitado. Se concentra sobre todo en apoyar al movimiento con fondos, facilitar la llegada de voluntarios extranjeros y proporcionar cierto entrenamiento avanzado en el manejo de explosivos. En cualquier caso, no se considera que al-Qaida sea un elemento esencial para la supervivencia del movimiento talibán.

El grueso de los combatientes de la organización son milicianos tribales, a uno y otro lado de la frontera pakistaní. Nuevamente no está muy claro cuándo las milicias tribales luchan por apoyar a los talibán o cuándo lo hacen por su propio interés. Cada jefe tribal decide su participación o no en la lucha, que puede variar enormemente en cuanto a modalidad e implicación. Cualquier línea estratégica debe ser discutida entre el consejo talibán y los jefes tribales, que pueden dar o no su apoyo. En algunas ocasiones las tribus llegan a combatir de forma independiente.

En cualquier caso, los talibán gozan de un importante prestigio y poder dentro de las tribus. Ellos representan el principal instrumento de lucha de la comunidad *pashtún*, tienen gran parte de la autoridad religiosa y poseen importantes recursos económicos, humanos y técnicos para apoyar a los jefes tribales. Los talibán también recurren a un

sistema de premio-castigo con las tribus y, mientras aquellas que les apoyan pueden recibir importantes compensaciones, las más reticentes pueden verse expuestas a represalias, incluso al asesinato de sus jefes.

Las milicias tribales mantienen una organización y procedimientos peculiares. Sus combatientes se concentran en grupos de 30-40 bajo la dirección de jefes locales. En ocasiones varios grupos se juntan para operaciones de mayor entidad, e incluso puede llegarse a centenares de combatientes cuando se persiguen objetivos de importancia. Las operaciones se organizan y coordinan mediante representantes del consejo talibán en cada área. Uno de estos representantes para el Sur de Afganistán era el *mullah* Dadullah Lang, recientemente fallecido en un ataque aéreo de la OTAN.

Los grupos tribales pueden integrar combatientes extranjeros. De hecho, se considera un motivo de prestigio que un grupo disponga de extranjeros, aunque rara vez estos pueden alcanzar posiciones de mando. Los extranjeros han introducido procedimientos nuevos como la utilización de IED,¹ o los ataques suicidas, pero existe cierta leyenda respecto a su importancia real. En general, la mayoría son jóvenes entusiastas pero sin ningún conocimiento militar. La elite de combatientes *yihadistas* con experiencia en Irak, Chechenia, etc, es reducida, y suele permanecer en Pakistán realizando tareas de instrucción y adiestramiento, aunque en ocasiones algunos grupos pueden penetrar en Afganistán para atacar objetivos especialmente valiosos.

Aparte de las milicias tribales los talibán recurren cada vez más a combatientes contratados. Los campos de refugiados afganos en Pakistán son una fuente tradicional de jóvenes dispuestos a unirse a la insurgencia por una paga. También las áreas rurales más deprimidas del propio Afganistán. Los talibán pagan bien. Mientras un policía o funcionario afgano cobra entre 2 y 3 dólares por día, un combatiente talibán puede esperar entre 5 y 10. Los contratados son más flexibles que los milicianos tribales, ya que están más dispuestos a alejarse de sus lugares de origen. En ocasiones se utilizan para reforzar a las milicias tribales, pero también hay noticias de unidades mixtas de contratados y extranjeros, que proporcionan a la dirección talibán una importante libertad de acción, al margen de la voluntad de las tribus. Estas unidades se emplean sobre todo durante las grandes operaciones ofensivas. Los contratos suelen realizarse entre marzo y abril, y finalizan en noviembre.

Junto a los talibán combaten otros grupos asociados. El más conocido es *Hezb-e-Islami*, dirigido por Gulbudin Hekmatyar, un antiguo primer ministro en los gobiernos *muyahidin*. Actúan sobre todo en el Este del país, especialmente en la provincia de Kunar. Hekmatyar acepta el mando talibán y tiene buenas relaciones con al-Qaida, aunque su organización parece estar perdiendo fuerza últimamente.

Menos conocido, pero más importante es el grupo *Haqqani*, liderado por Jalaluddin Haqqani. Actúa en Pakistán, especialmente en los dos Waziristán, y pretende extender su influencia a las vecinas provincias afganas de Paktika, Paktia y Khwost. En realidad es un grupo talibán más, pero con ambiciones locales muy definidas.

Los talibán rara vez aceptan combates decisivos o costosos. Ciertamente sufren bastantes más bajas que las que ellos causan pero, generalmente, el número es soportable para una sociedad como la *pashtún*, extraordinariamente prolífica y orientada a un estado

¹ Improvised Explosive Devices (artefactos explosivos improvisados)

de guerra continuada. Los medios de comunicación occidentales reciben frecuentes informaciones sobre muertes masivas de combatientes talibán, debidas a ataques aéreos norteamericanos o de ISAF. Pero las cifras suelen ser exageradas; normalmente se basan en estimaciones, ya que resulta difícil para las unidades terrestres acercarse a comprobar sobre el terreno los resultados de las acciones aéreas. En ocasiones, cuando tras un ataque aéreo deja de recibirse fuego desde las posiciones que los talibán ocupan, se interpreta como que todos han muerto. Sin embargo, en la mayoría de los casos el cese del fuego se debe a que los milicianos se han dispersado, o se han refugiado en cuevas o trincheras. La experiencia sobre el terreno es que las unidades aliadas informan de verdaderas masacres de docenas de combatientes talibán, y pocos minutos después comunican que siguen recibiendo fuego desde una posición diferente.

La forma de combate predominante entre los talibán, que es la tradicional de las tribus *pashtún*, es empeñar al enemigo a larga distancia, dispersándose si este contraataca o recibe refuerzos. Para ello se utiliza fuego de fusilería, morteros, granadas propulsadas (RPG) y cohetes, lanzados habitualmente con medios improvisados. La precisión de estos ataques es muy reducida, y solo el 1 o 2% de ellos suelen resultar en alguna baja enemiga. Pero al mismo tiempo permiten a los talibán escapar fácilmente sin daños, al tiempo que causan un constante estado de alerta en las fuerzas enemigas.

Sin embargo, si el enemigo no responde o da muestras de debilidad los talibán se comportan como auténticas manadas de lobos, atacando agresivamente desde múltiples direcciones para aniquilar al adversario. Esto no suele ocurrir con las fuerzas internacionales, dotadas de una gran potencia de fuego, y que siempre pueden solicitar el temido apoyo aéreo. Pero ocurre con la policía afgana, que ha sufrido en ocasiones emboscadas devastadoras.

Para la supervivencia, los talibán confían mucho en su movilidad, que ha mejorado sustancialmente en los últimos años. Así como su armamento deja mucho que desear, sus medios de transporte reflejan la existencia de considerables inversiones en su apoyo. En las regiones más llanas del Sur y el Oeste del país utilizan normalmente motocicletas y vehículos todo terreno, que se mueven en grupos de dos o tres, aunque pueden concentrarse rápidamente varias docenas para un ataque. En las regiones montañosas del Este mantienen el tradicional movimiento a pie, frecuentemente de noche, empleando asnos para la carga.

Un elemento que facilita su movilidad es la mejora de sus comunicaciones. Utilizan una gran cantidad de equipos civiles, fiables aunque habitualmente fáciles de interceptar. También utilizan sistemas de posicionamiento en cantidades crecientes, igualmente adquiridos en el mercado civil.

Paradójicamente, cuando los talibán intentan adoptar una forma de combate más profesional es cuando sufren un mayor número de bajas. Normalmente esto ocurre cuando la dirección convence a las milicias tribales para lanzar grandes ataques o para mantener el terreno pese a la presión enemiga. En 2006, durante la operación “Medusa” lanzada por fuerzas canadienses al Oeste de Kandahar los milicianos locales, reforzados por voluntarios árabes y uzbekos, trataron de defender el valle de Panjwayi, uno de sus tradicionales bastiones. Cavaron fortificaciones y se comportaron como una fuerza convencional defendiendo sus posiciones, reforzando los sectores amenazados y lanzando contraataques. Pero, pese a que inicialmente causaron sensibles bajas a las fuerzas de ISAF, (7 muertos, varias docenas de heridos y algunos blindados destruidos)

sufrieron después un durísimo castigo por parte de las fuerzas aéreas y la artillería, que se tradujo en centenares de muertos y heridos, siendo finalmente forzados a abandonar el valle.

Precisamente este tipo de operaciones suele provocar diferencias entre la dirección central, que intenta fomentar unas tácticas más agresivas, y las tribus locales, que prefieren mantener su modo de combate más tradicional, ciertamente menos decisivo, pero también mucho más llevadero en cuanto a bajas. Los roces pueden llegar a ser de importancia, e incluso traducirse en acciones violentas. No obstante, unos y otros parecen comportarse como una gran familia, combinando violentas disputas con calurosas reconciliaciones.

Los expertos extranjeros han contribuido a mejorar los procedimientos de ataques suicidas e IEDs, que se han convertido en las técnicas más eficaces en el conflicto, desde el punto de vista de las bajas causadas al enemigo. Inicialmente los suicidas eran mayoritariamente voluntarios extranjeros, ya que la tradición *pashtún* es más dada a la supervivencia en combate que al suicidio. No obstante en los últimos años el número de suicidas afganos ha aumentado significativamente, llegando hasta el 60/70 % del total. En muchos casos se trata de jóvenes refugiados, educados en las escuelas coránicas pakistaníes. Los ataques suicidas en Afganistán eran inicialmente mucho menos eficaces que en Irak debido a la inexperiencia de los técnicos en explosivos talibán. En el último año se ha visto una mejora significativa, tanto en la preparación de vehículos como de cinturones explosivos para los suicidas a pie, lo que indica que o bien los talibán han recibido asesoramiento extranjero, o bien expertos *yihadistas* han asumido ellos mismos la preparación de los artefactos.

En cuanto a los IEDs ocurre algo similar a lo ya dicho sobre los suicidas. Inicialmente se utilizaban poco, eran rudimentarios y solían producir más bajas entre los artificieros talibán que en sus objetivos. Uno de los principales problemas que se encontraban los insurgentes para su uso era el bajo nivel de conocimientos técnicos de los combatientes tribales. Después de treinta años de guerra y falta absoluta de cualquier sistema educativo, para la mayoría de los milicianos el circuito eléctrico de activación de un IED constituye un misterio insondable.

Con el tiempo su uso se ha generalizado y tanto las cargas como los mecanismos de activación se han sofisticado apreciablemente. En algunos casos, ISAF ha reconocido la utilización de cargas conformadas, similares a las utilizadas en Irak, que han producido daños masivos a vehículos blindados acabando con la vida de todos sus tripulantes. En cualquier caso la colocación de estos IEDs perfeccionados parece ser obra, de momento, de unos cuantos grupos especializados. Los milicianos tribales y contratados siguen utilizando artefactos no demasiado sofisticados, aunque en gran número y, pese a que la mayoría de ellos o bien no funcionan correctamente, o son desactivados, o apenas causan daños en los vehículos de ISAF, su mera existencia supone una enorme limitación a la movilidad de las fuerzas aliadas.

En resumen, la forma de combate predominante entre los talibán, que es mayoritariamente la tradicional *pashtún*, no resulta demasiado decisiva a corto plazo, pero permite mantener un conflicto muy largo con un número de bajas soportable. Reforzada con la utilización de suicidas e IEDs puede poner en aprietos a las fuerzas de seguridad locales, e incluso a las fuerzas occidentales. En ocasiones los talibán necesitan emprender operaciones más contundentes; bien para capturar temporalmente algún distrito,

demostrando su poder; bien para causar mayor número de bajas a las fuerzas extranjeras; bien para defender objetivos que se consideran vitales. En todos estos casos se arriesgan a un espectacular aumento de bajas, que incluso puede hacerles perder el apoyo de algunas tribus, por lo que tienen que medir las consecuencias de cada acción y utilizar preferentemente una mezcla de activistas veteranos y contratados.

LA GUERRA SEGÚN LA OTAN

ISAF (*International Security Assistance Force*) nació inicialmente con un objetivo limitado: apoyar al gobierno afgano en la reconstrucción de un país devastado. En un primer momento ISAF se desplegó sólo en Kabul, con el objetivo prioritario de garantizar la supervivencia del gobierno, mientras las fuerzas de la Coalición, principalmente norteamericanas, se dedicaban a perseguir a los restos de las milicias talibán, y sobre todo a al-Qaida y grupos asociados por el resto del país.

En 2003 la OTAN se hizo cargo de la misión, y con ello se comenzó a pensar en la expansión al resto del país. Entre 2004 y 2005 ISAF asumió la responsabilidad en la parte menos conflictiva del territorio afgano: el Norte y el Oeste, donde las tribus *pashtún* que constituyen el principal apoyo a los talibán son minoritarias. El procedimiento para esta expansión fue la utilización del concepto PRT (*Provincial Reconstruction Team*) ya utilizado por EEUU en otras zonas del país.

Las PRT,s son destacamentos militares que se establecen en cada provincia y llevan a cabo una doble tarea: por un lado mejorar la seguridad y, por otro, apoyar la reconstrucción, con especial acento en el desarrollo de las instituciones de gobierno. Pero la naturaleza multinacional de la OTAN no ayudó a realizar esta expansión de forma coherente. De hecho, cada nación que se comprometió a organizar una PRT asumió un enfoque diferente del concepto, y así pueden encontrarse PRTs centradas en la seguridad, con una mínima presencia civil, junto a otras centradas en la reconstrucción con una presencia civil mayoritaria. Las prioridades en la reconstrucción son también diversas y mientras algunas PRTs realizan un esfuerzo máximo en obras públicas, educación y sanidad, otras se orientan hacia el apoyo a los gobiernos provinciales y las fuerzas de seguridad afganas. Esta heterogeneidad no ayuda en absoluto a realizar un esfuerzo conjunto, especialmente necesario en un país en el que no existe una autoridad central fuerte.

En cualquier caso, las capacidades militares de las PRTs no son excesivas, y normalmente se limitan a su propia protección, sin recursos suficientes para extender la seguridad a la totalidad de la provincia de su responsabilidad. En algunos casos incluso la protección propia es deficiente. En 2006 la PRT de la provincia de Faryab estuvo a punto de ser arrasada por una turba de unos 2.000 manifestantes armados, irritados por las caricaturas de Mahoma aparecidas en un periódico danés. Dentro de la PRT apenas había medio centenar de efectivos militares en ese momento.

Para tratar de apoyar y coordinar la acción de las PRT y proporcionar cierta capacidad de reacción en caso de incidentes se crearon las Autoridades de Coordinación Regionales, que en 2006 se convirtieron en Mandos Regionales (RCs). Cada uno de estos mandos dispone de unidades de combate, helicópteros, instalaciones médicas y de apoyo logístico, capaces de reforzar a las PRT cuando fuera necesario.

Al igual que las PRTs, los RCs sufren también consecuencias negativas de la multinacionalidad. Las PRTs son esencialmente nacionales, así como los medios de

refuerzo con que cuenta el propio RC. Eso significa que, en caso de crisis, la autoridad del jefe del RC es limitada y, de hecho, sus órdenes pueden no ser obedecidas si contradicen las que emite la propia cadena nacional. Cada nación que participa en ISAF define además una serie de limitaciones de empleo de sus fuerzas (*caveats*). Estas limitaciones pueden afectar a la zona de actuación de sus unidades, al tipo de actividades que estas pueden realizar o a la necesidad de aprobación por la cadena de mando nacional de cualquier orden recibida desde ISAF. En la práctica esto significa que la capacidad de reacción de un RC es muy limitada, y está sujeta a tal cantidad de restricciones que, a veces, resulta sencillamente imposible reaccionar.

Pero las verdaderas dificultades para ISAF llegaron en 2006, cuando la OTAN aceptó asumir progresivamente la responsabilidad en todo el territorio afgano. El primer problema fue la búsqueda de miembros dispuestos a contribuir con tropas al despliegue en las conflictivas zonas del Sur y el Este. La mayor parte de los países europeos decidieron permanecer en las relativamente seguras áreas del Norte y el Oeste. Finalmente Reino Unido y Canadá aportaron la mayor parte de las fuerzas, reforzados por un contingente que el gobierno holandés pudo finalmente enviar tras sufrir una seria crisis política. Otros países europeos, como Rumania, contribuyeron también con fuerzas, aunque con muchas limitaciones de empleo.

Lógicamente, Reino Unido y Canadá, que pronto se lanzaron a agresivas operaciones contra los reductos talibán en la zona, comenzaron a sufrir un número importante de bajas. Esto se tradujo en amargas acusaciones de falta de solidaridad hacia el resto de los miembros de la Alianza, pero no hubo nuevos ofrecimientos de fuerzas, ni cesiones para permitir el despliegue eventual de las tropas ya desplegadas en las zonas más conflictivas.

Los procedimientos de combate de las fuerzas internacionales en Afganistán se han visto siempre influidos por la escasez de tropas sobre el terreno. El territorio afgano es muy extenso, extraordinariamente abrupto en algunas zonas y, sobre todo, prácticamente desprovisto de infraestructuras modernas. Aspirar a controlarlo con unas decenas de miles de soldados es una utopía, máxime cuando una parte importante de estos soldados están más orientados a tareas de reconstrucción, autoprotección y logística que a operaciones propiamente de combate. Teniendo en cuenta esta limitación, siempre se ha considerado absolutamente esencial la organización de unas fuerzas militares y policiales autóctonas suficientes en número y bien entrenadas. Pero el proceso de su organización ha sido lento y lleno de dificultades y falta de recursos.

Actualmente la policía cuenta con unos 70.000 efectivos encuadrados en varios cuerpos (policía nacional, vigilancia de fronteras, carreteras) y es la única organización estatal que llega prácticamente a todos los rincones del territorio afgano. Pero su eficacia resulta muy reducida por diferentes razones.

El principal problema es la corrupción, muy extendida entre los mandos policiales, pero también a nivel de simples agentes. En ocasiones la corrupción y la mala gestión han llegado a tal extremo que los policías no han cobrado sus salarios durante meses. Lógicamente, los agentes han hecho frente a esta situación mediante más corrupción, practicando la extorsión y aceptando sobornos de forma generalizada. Lo cierto es que la policía afgana aún recibiendo sus salarios no está bien pagada, por lo que cierto grado de corrupción se considera incluso legítimo para resarcirse de esa escasez salarial.

Como toda la sociedad afgana, los policías están sujetos también a una estructura social basada en la tribu, y son éstas, y no el estado, las principales receptoras de sus lealtades. Así, los policías, que en gran medida sirven cerca de sus lugares de origen, intentan favorecer al máximo a los individuos de su tribu en detrimento de cualquier otra etnia. Si son *pashtún*, es muy probable que alcancen acuerdos de coexistencia con los grupos talibán en la zona.

Pero incluso si intentan luchar, los policías sufren una dramática falta de equipo. Sus comunicaciones son poco fiables, no disponen de vehículos blindados, ni de chalecos antibalas, ni de otras armas que los omnipresentes AK-47 y algunos lanzagranadas RPG. Cuando ocurre algún incidente acuden hacinados en camionetas todo terreno descubiertas, y sufren verdaderas masacres cuando estos vehículos son alcanzados por un IED. Aunque Alemania se comprometió a apoyar la organización y entrenamiento de la policía afgana, y ha gastado considerable esfuerzo y sumas de dinero en ello, parece difícil que la institución pueda librarse de sus defectos estructurales a corto plazo.

El ejército afgano ha sufrido problemas similares, e incluso aún más graves que la policía, aunque parece que, finalmente, está alcanzando cierto grado de eficacia en operaciones. En un principio era más difícil reclutar soldados que policías, ya que, aunque los primeros cobraban más, debían estar dispuestos a moverse a cualquier zona del territorio afgano, y no tenían la posibilidad de aumentar sus ingresos mediante las típicas corruptelas policiales. El resultado fue un porcentaje record de desertiones. Más tarde se mejoró todo el sistema de reclutamiento, aumentando sueldos, manteniendo cierta estabilidad en los destinos de los soldados y, sobre todo, creando los equipos militares de enlace (OMLT). Uno de estos equipos, integrados por personal militar occidental, existe en cada batallón afgano. Cuando la unidad no está en operaciones, el OMLT se encarga del adiestramiento y de gestionar la mejora de la organización y el equipo. Cuando el batallón es enviado a una zona de combate, los miembros del OMLT despliegan con él, proporcionan asesoramiento técnico y, sobre todo, comunicaciones. Las radios del OMLT permiten recibir información sobre los movimientos enemigos, pedir fuego de artillería o apoyo aéreo, solicitar evacuaciones médicas, etc.

Pero las unidades del ejército son todavía escasas y mal equipadas. En una zona de alto riesgo como Kandahar solo hay un batallón permanentemente desplegado. Y apenas disponen de armas pesadas. Los porcentajes de desertión son también elevados (entre el 10 y el 30% de la fuerza), aunque no resulta totalmente apropiado hablar de desertión ya que existe la costumbre de que los soldados se ausenten para recoger la cosecha, sembrar, o por problemas familiares. Pese a que el ejército afgano ha mostrado un mejor comportamiento en combate que la policía, faltan todavía varios años para que las unidades afganas puedan plantearse la lucha contra los insurgentes sin apoyo occidental.

Así pues, las fuerzas internacionales deben enfrentarse a su propia escasez de efectivos y a la escasa fiabilidad de la policía, y en menor medida el ejército afgano. La consecuencia es una falta endémica de fuerzas sobre el terreno. En la zona Sur, por ejemplo, despliegan alrededor de 14.000 efectivos de la Alianza. Sin embargo, más del 40% son tropas de apoyo nacionales, dedicadas a la reconstrucción o a tareas logísticas y administrativas, y fuera de la cadena de mando de ISAF. Los 8.500 efectivos restantes tienen que cubrir una zona del tamaño de Andalucía y Extremadura juntas, pero con infraestructuras casi inexistentes, teniendo además en cuenta que muchos contingentes no aceptan participar en operaciones ofensivas. De hecho, algunas zonas están

totalmente desguarnecidas, como la provincia de Nimroz en la frontera iraní, y solo algunas unidades de operaciones especiales se aventuran allí de tiempo en tiempo.

La táctica habitual contra los talibán consiste en una versión perfeccionada de los clásicos procedimientos de búsqueda y destrucción utilizados en Vietnam. Las unidades de combate de la Alianza patrullan las áreas consideradas de interés, apoyando a los destacamentos de la policía afgana. Cuando se establece contacto con una fuerza insurgente, se trata de fijarla al terreno mientras se solicita apoyo aéreo, que puede estar sobre la zona en pocos minutos. Se espera que la devastadora potencia de fuego de aviones y helicópteros destruya la unidad enemiga y desanime a los supervivientes a intentar enfrentarse de nuevo a las fuerzas de ISAF. En ocasiones, cuando se detecta una concentración de fuerzas talibán en un área determinada, o cuando la policía es expulsada de algún distrito, se organizan operaciones de mayor envergadura, tratando de recuperar la zona y restablecer a las autoridades del gobierno.

Tales operaciones han sido capaces de prevenir hasta el momento que los talibán puedan establecer “áreas liberadas” permanentes dentro de territorio afgano. Pero no que dominen de hecho amplias zonas de terreno y muchos barrios de algunas ciudades, pese a que allí exista presencia gubernamental.

El recurso sistemático al apoyo aéreo provoca también dificultades. La mayor es el peligro de causar bajas entre la población civil. En el último año esta tendencia ha aumentado, y ha sido aprovechada ampliamente por los talibán en sus campañas de información. En la mayoría de los casos las bajas se producen cuando grupos de combatientes talibán, viéndose acosados, se refugian en poblaciones. Hay que tener en cuenta que muchos milicianos talibán sólo combaten en las inmediaciones de sus pueblos y que, si la situación se complica, se refugian en sus propios hogares y esconden sus armas. En otras ocasiones huyen al pueblo más cercano tratando de mezclarse entre la población. Realizar un ataque aéreo en esas circunstancias supone inevitablemente un elevado número de bajas entre la población civil.

La alternativa al ataque aéreo es un registro casa por casa, pero de momento no hay fuerzas suficientes para este tipo de operaciones, que además provocan auténtica cólera entre la población local si son realizadas por fuerzas extranjeras e infieles. En el verano de 2007, ante las numerosas críticas recibidas por el aumento de bajas civiles, la Alianza ha decidido incrementar las operaciones de registro utilizando a la policía y al ejército afgano. Pero la disponibilidad de estas fuerzas es problemática debido a que no son numerosas, no siempre están desplegadas donde se producen los incidentes y, en el caso de la policía, dependen de la voluntad de los gobernadores locales, que frecuentemente no quieren granjearse las iras de la población.

La escasez de fuerzas se agrava además por la limitación a la movilidad que suponen los IEDs. Las precauciones para evitarlos y las consecuencias cuando hacen explosión retrasan cualquier movimiento durante horas. En algunas rutas, la densidad de IEDs es tan grande que enviar una patrulla supone una operación muy complicada, que puede prolongarse durante días implicando equipos de desactivación, recursos médicos, helicópteros y aviones de reconocimiento no tripulados.

La solución obvia para mejorar la movilidad es el uso de helicópteros. Y más teniendo en cuenta que la habilidad y equipo de los insurgentes para atacar aeronaves son bastante limitados de momento. Pero de nuevo en este campo ISAF se encuentra con

problemas. El número de aparatos desplegados es escaso, especialmente los que aportan los miembros europeos de ISAF. En total hay unos 150 helicópteros, las dos terceras partes de ellos norteamericanos. Además, las condiciones de vuelo en Afganistán suelen ser difíciles debido al terreno montañoso y las nubes de polvo. Los helicópteros sufren un gran desgaste y una proporción importante está diariamente fuera de uso debido a tareas de mantenimiento. Las averías provocadas por el fuego enemigo son también un factor a tener en cuenta ya que, aunque rara vez un helicóptero es derribado, los milicianos talibán tirotean cualquier aparato dentro del alcance de sus fusiles, provocando continuos daños menores que, con frecuencia, inmovilizan los helicópteros durante días. Teniendo en cuenta todos estos factores el número de estos aparatos debería ser mucho mayor, probablemente el doble de los existentes actualmente, para garantizar una adecuada movilidad de las fuerzas terrestres de ISAF.

Un problema creciente es el de la sensibilidad a las bajas. Así como los talibán pueden asumir la pérdida de cientos de combatientes de forma natural, los gobiernos occidentales tienen serios problemas para explicar a sus opiniones públicas por qué hay soldados muriendo en un lugar tan remoto. Aunque algunos gobiernos, como Reino Unido o EEUU, han demostrado mayor resistencia a las bajas de lo que se les suponía, muchos de sus aliados no comparten esta capacidad. La consecuencia es que algunos contingentes tratan de evitar muertos y heridos imponiendo fuertes limitaciones al empleo de sus fuerzas. La sensibilidad ante las bajas se ve reforzada además por un cierto sentimiento de malestar ante la misión, que sufre las consecuencias del conflicto iraquí, y se identifica muchas veces con los intereses norteamericanos. Muchos partidos políticos en Europa rechazan tanto una mayor implicación militar en el país como una postura más agresiva de sus fuerzas. Incluso algunos abogan abiertamente por la retirada.

Pero, probablemente, el mayor problema para las operaciones en Afganistán reside en la propia naturaleza de la Alianza Atlántica. Aunque la OTAN constituye la organización defensiva multinacional más creíble en todo el planeta, no deja de ser un simple receptor de las voluntades de multitud de estados. Las decisiones de la Alianza se toman por consenso, y la definición de una línea política y estratégica común resulta una tarea titánica. En el caso de Afganistán esa línea solo existe como un acuerdo de mínimos, con multitud de visiones distintas, y a veces contradictorias entre sí, por parte de los estados miembros.

En consecuencia resulta imposible aplicar una estrategia coherente sobre el terreno. Cualquier modificación de fuerzas o procedimientos requiere largos debates y se traduce en acuerdos parciales, cuando no en desacuerdos paralizantes. Las operaciones militares sólo se dirigen en parte por los mandos de la Alianza, ya que las cadenas nacionales tienen en muchos casos la última palabra sobre la utilización de los contingentes. En el momento actual, sólo la coherencia en la acción y los medios puestos en el teatro por EEUU y Reino Unido permiten salvar la situación que, de otro modo, sería totalmente insostenible.

Las carencias de la Alianza, que en gran medida son las de las naciones occidentales a la hora de emprender cualquier conflicto armado, afectan también a los niveles más bajos de conducción de las operaciones. Los contingentes de la OTAN se relevan cada 4 –6 meses, salvo el norteamericano que permanece un año completo. Eso significa que, cuando los soldados comienzan a comprender la situación en el país tienen que partir. La escasa permanencia en la zona también lleva a muchos a reducir enormemente su implicación en la misión, dejando simplemente que el tiempo pase. Los cuarteles

generales sufren también este proceso de relevo continuo, lo que afecta enormemente a la eficacia en la conducción de operaciones y a la adquisición de un conocimiento profundo de la situación. Algunos especialistas, como los analistas de inteligencia, los oficiales de enlace con organismos civiles o los responsables de operaciones psicológicas apenas tienen tiempo de iniciar un trabajo eficaz. Por supuesto, pocos miembros de ISAF llegan a aprender un poco de *pasbtún* o *dari*, los idiomas más comunes en el país, y se depende completamente de intérpretes contratados para comunicar con la población local.

Esta falta de conocimiento e implicación en la situación se agrava por las propias condiciones de vida de los soldados occidentales. Residiendo en bases fortificadas de las que algunos apenas salen, y que se intentan convertir en pedazos de Europa o de EEUU con todos los servicios imaginables, viven de espaldas a la realidad afgana y al contacto con su población. Cuando llega la noche del jueves, (el viernes es el día festivo para los musulmanes) y los soldados de ISAF se reúnen en los bares y cafeterías de sus bases, comentando las semanas que les faltan para regresar al hogar, uno puede imaginarse al miliciano talibán, rezando en la montaña, equipado con su AK-47, un Corán y una manta; y dispuesto a matar o morir al día siguiente. Quizás esta imagen resume mejor que cualquier otra la inmensa diferencia en el enfoque del conflicto por parte de ambos contendientes.

CONCLUSIONES

Los dos bandos que se enfrentan en el conflicto afgano sufren serios problemas de coherencia estratégica y unidad de acción. Los insurgentes deben moverse en un complejo mundo de relaciones con grupos tribales y redes *yihadistas*, en el que resulta difícil establecer un estrategia coherente, y los cambios súbitos de alianzas, e incluso la traición, son hechos cotidianos. Por su parte, las fuerzas de la OTAN y EEUU han constituido un conglomerado de contingentes militares, cuyos gobiernos mantienen visiones y actitudes tremendamente diferentes ante el conflicto. La definición de una estrategia clara aceptada por la mayoría resulta tan compleja que prácticamente no existe, o es una simple declaración de intenciones acerca de un Afganistán estable y libre del *yihadismo*. Las instituciones del gobierno afgano sufren también de una radical disparidad de intereses entre los muchos grupos étnicos y religiosos que las componen.

Pero, aunque la situación de ambos beligerantes sufra de similares carencias estratégicas, las consecuencias son muy diferentes para uno y otro. Para los insurgentes se trata de su forma tradicional de afrontar un conflicto. Siempre han combatido rodeados de confusión e incertidumbre sobre la fiabilidad de sus eventuales alianzas, y siempre han defendido los intereses de su etnia, su tribu y su clan por encima de cualquier otra cosa. En ese confuso escenario, se han acostumbrado a practicar un tipo de guerra primitiva, en la que procuran economizar recursos cuando perciben un enemigo fuerte, y lanzarse a la matanza cuando perciben debilidad. Como la guerra es intrínseca a su cultura, el que ésta se prolongue durante años, décadas o generaciones no supone un problema grave.

Para las fuerzas occidentales, la falta de coherencia estratégica y la dispersión de esfuerzos no forman parte de su cultura militar. Aunque quizás el problema más grave sea que muchos de los miembros de ISAF no son conscientes de estar inmersos en una guerra, algo que los talibán, sin embargo, tienen perfectamente claro. Sus decisiones, por tanto, no se toman pensando en un conflicto armado, sino en un etéreo concepto de “gestión de crisis”. El resultado es una falta de concienciación, que afecta desde la clase

política, hasta al ciudadano de a pie, pasando por el soldado desplegado en la zona de operaciones.

Afganistán es uno de los tradicionales “puntos negros” para una campaña militar. A la belicosidad de sus habitantes y la dificultad del terreno se une la escasa accesibilidad del país desde el exterior, y la práctica ausencia de infraestructuras y recursos en el interior. Intentar ganar un conflicto en Afganistán implica estar dispuesto a empeñar fuerzas militares considerables, quizás durante décadas. Pero mantener ese despliegue tiende a convertirse a su vez en una pesadilla logística, y en un goteo de bajas difícilmente asimilable para cualquier sociedad occidental.

Ciertamente fomentar el desarrollo económico, lograr un gobierno estable y legítimo y potenciar las fuerzas militares y policiales afganas son atajos para hacer la misión más llevadera. Pero no hay que hacerse ilusiones prematuras. Conseguir el desarrollo del país y de sus instituciones hasta el punto de que cambie también la mentalidad de sus gentes, puede ser una tarea de varias generaciones. Valga como ejemplo lo que ocurrió durante la ocupación soviética, cuando comparativamente la URSS hizo más por la modernización del país de lo que han hecho hasta ahora la OTAN y EEUU. Todavía pueden verse los patéticos restos de barrios residenciales, universidades y fábricas construidos por los soviéticos. Muchos jóvenes afganos fueron a estudiar a Alemania del Este, Cuba o la propia URSS en un intento de crear una clase social de técnicos capaces de emprender cambios radicales. Pero todo eso se perdió en apenas cinco años, tras la retirada de las fuerzas soviéticas.

Estabilizar Afganistán es una tarea ingente que exige un esfuerzo espectacular, y no un apaño de bajo coste. Occidente debe ser consciente de que transformar el país de tal forma que los *yihadistas* no puedan volver a utilizarlo como santuario supone un precio muy oneroso tanto en dinero, como en vidas, como en costes políticos. Intentar simplemente poner un remiendo, enviando fuerzas insuficientes e inoperantes, evitando asumir riesgos y realizando poco más que obras de caridad, es una línea estratégica condenada al fracaso de antemano, y además tremendamente costosa a largo plazo

José Luis Calvo es Teniente Coronel de Infantería del Ejército de Tierra. Diplomado en Estado Mayor, sus últimos destinos incluyen la Escuela de Guerra del Ejército, como profesor de Estrategia, el Mando de Adiestramiento y Doctrina y el Cuartel General de Despliegue Rápido italiano en la OTAN. Ha participado en operaciones en el exterior en Bosnia-Herzegovina (1995 y 2002) y Afganistán (2005-2006)

E-mail: jcalvo@athenaintelligence.org

Presentación de trabajos para su publicación como Athena Papers:

- El trabajo puede enviarse a la dirección contact@athenaintelligence.org
- Los análisis deben tratar temas relacionados con islamismo radical, insurgencia, yihadismo, antiterrorismo, contrainsurgencia, adaptación de las Fuerzas Armadas a los nuevos conflictos, etc, desde una óptica novedosa y con rigor
- Una vez recibidos se enviará una copia anónima del análisis a dos evaluadores. La respuesta positiva o negativa se realizará en un plazo aproximado de dos semanas desde su recepción

Normas de presentación:

- Se recomienda que los Athena Paper no excedan las 14.000 palabras (incluyendo la bibliografía)
- Deben estar escritos a un espacio, en letra Garamond tamaño 13, y con un espacio de separación entre párrafos
- Los paper pueden contener gráficos y tablas insertados dentro del texto
- Además del texto debe enviarse un resumen no superior a 150 palabras en inglés y en español, más 5 ó 6 palabras clave en inglés y español
- También se adjuntará una breve biografía del autor que aparecerá en el documento. Si lo desea el autor puede incluir su e-mail para que los lectores interesados se pongan en contacto con él.

Estilo de las referencias bibliográficas:

- Las referencias se colocarán en notas al final del documento

Artículo:

Gregory, Shaun. "France and the War on Terrorism", *Terrorism and Political Violence*, Vol.15, No.1 (Spring 2003), pp.124–147

Libro:

Bergen, Peter L. *The Osama bin Laden I Know*, (New York: Free Press, 2006)

Capítulo de libro:

Hafez, Mohammed M. "From Marginalization to Massacres. A Political Process Explanation of GIA Violence in Algeria", Wiktorowicz, Quintan (ed.) *Islamic Activism. A Social Movement Theory Approach*, (Bloomington & Indianapolis: Indiana University Press, 2004), pp. 37-60